

# Los autores no somos los sioux del teatro

Siempre se habla del conflicto entre directores y autores por ese orden; nunca se dice “autores y directores”, invirtiéndolo. El autor siempre va en segundo lugar, en este caso en el último porque ya no hay más. Como se sabe, el orden, en teatro, es importantísimo y no se trata de vanidad, sino de supervivencia. Quizás nuestros problemas tengan su origen en una falta de autoestima, aunque ese origen sea bastante reciente.

No me duele citar a Haro Tecglen: el 6 de febrero de 1993, publicó en *El País*, un artículo titulado “El teatro ahora: el culto a los directores convierte la literatura dramática en monumento”, en el que precisaba que para poder actuar con impunidad, los directores se apartaban de los autores vivos o los amansaban, humillándoles al impedirles la entrada a los ensayos. Y como eso no siempre era fácil, escogían autores muertos, preferentemente clásicos, elección que les permitía, además, cobrar los derechos de autor.

Este artículo, fue considerado por Juan Antonio Hormigón ofensivo para la Asociación de Directores de Escena (ADE), de la cual era Secretario General, y envió a *El País* una respuesta, firmada por los miembros de la Asociación, que la habían aprobado en Asamblea. La respuesta tenía una contundencia que avivó la polémica: “Durante años, a través de sus comentarios teatrales de todo tipo, el señor Haro Tecglen ha pretendido avivar aquel debate obsoleto. Ha escarnecido, difamado, perseguido, desvirtuado, condenado al fuego eterno la figura, función y práctica de los directores de escena”.

Haro respondió a su vez con un tono más agresivo, desfigurando el debate al

convertirlo en un ataque personal hacia Hormigón: “Me resulta difícil referirme a la Asociación de Directores de Escena, porque no tiene sentido: son individuos, y en ellos hay excelentes hombres de teatro, magníficos directores de escena y, simultáneamente, fracasados, frustrados, ambiciosos, envidiosos, torpes, desahuciados; son los que se encuentran peor tratados y los más fácil al odio y al insulto. Me es difícil abarcarlo todo y preferiría dirigirme a su secretario general, Hormigón, que sí contiene todas estas desgracias” (...) ¡Los Hormigones! Son ellos los que frecuentemente ausentan al autor, si está vivo, de los ensayos: para que no estorbe su idea con el texto real y los personajes creados. Son ellos quienes los prefieren muertos. Los Hormigones no tienen escrúpulos: han partido al asalto del teatro y lo hunden con su peso”. (...) Esos parásitos, esos Hormigones tratan de medrar con la colaboración de las instituciones”.

El debate entre Haro y Hormigón, de no haber descendido a los insultos personales, quizás hubiera explicado la anómala situación del teatro en aquellos momentos: el dominio absoluto —y absolutista— de los directores, pretendidamente justificado por la promoción institucional de los clásicos.

Ese sí es un subtema recuperable: el de los directores que entrenaron su desprecio al autor en el campo de los clásicos.

De todas las manipulaciones, la primera es la que se ejerce sobre el texto al adaptarlo. ¿Cómo puede afirmarse que se ama a los clásicos y que sus obras son magistrales, si nadie los respeta? Sobre los textos se han perpetrado tantos abusos, que los

[Alberto Miralles]

---

El autor siempre va en segundo lugar, en este caso en el último porque ya no hay más.

---

conceptos de adaptación y versión se han quedado cortos y han sido sustituidos por relectura, actualización, modernización, reflexión, traslado, a propósito de, versión libre, exploración, visitación, tratamiento contemporáneo... etc, eufemismos que no significan otra cosa que una lectura desconfiada del texto.

A los clásicos se les ha suprimido personajes, se les ha inventado nuevos, se les ha cambiado el sexo, se han alterado los títulos, se han suprimido escenas, se ha añadido otras —de diferentes obras del autor y de autores diferentes—, se han introducido versos escritos por los adaptadores, imitando el estilo del autor, se les ha trastocado la época, se ha unificado el espacio de la acción, se ha tergiversado —es el caso más grave— su ideología; incluso se ha llegado a proponer la prosificación del verso, el cual es, como se sabe, la esencia misma de nuestro Siglo de Oro.

Pero los sastres que viven de la creatividad ajena, siempre dicen que han sido fieles a la obra por lo mucho que respetan al autor; lo cual no les impide confesar, seguidamente, que era necesario solucionar “la mala construcción”, “la falta de unidad”, “las reite-

raciones”, “la verborrea y grandilocuencia”, así como “los muchísimos pasajes incomprensibles o innecesarios” o “ciertas escenas cuya ideología no se adecua a los tiempos presentes”. Y no son ejemplos inventados.

La joya de las alteraciones, no tanto por ellas mismas, sino por el orgullo y falta de complejos del adaptador al explicarlas, nos la proporciona José Luis Alonso Mañes, considerado —justamente, por cierto—, como el director con más tradición y sabiduría de la escena española. En 1981 adaptó *El galán fantasma*, de Calderón y en el programa televisivo del 19 de septiembre, “Encuentro con las Letras”, habló de que su adaptación consistió en aligerar parlamentos, sustituir arcaísmos e introducir seis fragmentos de otras obras del mismo autor. “Estoy muy satisfecho. Cosí tan bien los fragmentos que no se dieron cuenta de ello ni los 250 estudiosos de Calderón que asistieron al Simposio de junio pasado. (...) Yo he traicionado mucho al autor, dije allí. Yo he ido siempre en contra del texto. (...) Y antes del final está la mayor de todas las traiciones, cuando injerto fragmentos de otras obras: el parlamento de ella, donde insulta al Duque, es de *El príncipe constante* y no lo dice una mujer, sino un hombre”.

Escena de *Los despojos del invicto*  
señor de Lorenzo Fernández Carranza.



Foto: Chicho (C.D.T.).



Escena de *Los niños* de Diego Salvador.

Para fomentar el teatro español actual era —y es— necesario devolverle su prestigio. Situarlo, no en igualdad de condiciones que al teatro clásico, sino en mejores, porque Calderón, Lope o Shakespeare no necesitan de un local propio, ni de decorado costosísimo para demostrar lo buenos autores que son.

Pero con esos antecedentes, ¿cómo puede un autor de hoy defenderse de tales agresiones? Ese es un problema, pero aún hay otro mayor: que el autor se empeñe en conservar la integridad de su obra. Diego Salvador y Lorenzo Fernández Carranza cometieron la imprudencia de protestar por las manipulaciones que se perpetraron contra a sus textos —ambos con el premio Lope de Vega— y fueron fulminados. No es una frase retórica: Diego Salvador, después del estreno de *Los niños*, abandonó para siempre el teatro. De Fernández Carranza, después del estreno de *Los despojos del invicto señor*, nunca más se ha vuelto a saber nada. Su castigo se realizó, además, en teatros públicos y para que quede muy claro que en esas batallas hasta el poder está de parte de los directores, resultará históricamente esclarecedor recordar que a la Subdi-

rectora General del INAEM, Ana Antón Pacheco, se le debe la frase más descorazonadora de cuantas haya podido decir un político contra un autor español: “El director tiene derecho a no dejar entrar al autor a los ensayos. En todos los teatros importantes del mundo existe un dramaturgo de plantilla que es quien mete la tijera a los textos”.

Su demoledor criterio lo expresó para aprobar el trato que en 1986 el Teatro Español estaba dando a Lorenzo Fernández Carranza cuando éste fue a verla para protestar por la adulteración de su obra. Pero a la Subdirectora socialista no debió de bastarle su obscena argumentación para humillar a los autores y se creyó con derecho suficiente como para intimidar a Carranza, amenazándole, en el caso de que retirara la obra, con exigirle la devolución del anticipo de 72.000 pesetas. Jamás la política cultural ha estado en peores manos y todos sabemos en cuántas manos indeseables ha llegado a estar.

La atmósfera autoral, enrarecida por falta del oxígeno del que cicateramente se le privaba, aún tuvo que soportar un asalto más por parte de los directores, reunidos los días 26, 27 y 28 de febrero de 1988 en

---

Para fomentar el teatro español actual era —y es— necesario devolverle su prestigio.

---

---

Creo que el debate  
entre autores y  
directores es  
necesario y urgente.

---

Palma de Mallorca, para celebrar el Primer Congreso de la ADE. Ángel Facio, que había expresado en 1984 (*El Público* n.º 14) su profundo desprecio por los autores vivos al afirmar que los autores contemporáneos le parecían muy malos y que escribían muy mal, insistió en su menosprecio, llamándolos “libretistas”; pero la intervención de Emilio Hernández, con mayor calado y sin la ironía de Facio, no sólo reclamó para los directores los derechos de autor, sino que llegó a decir: “parafraseando al yanqui respecto al indio, decimos aquello de que el mejor autor es el autor muerto”.

Recapacitemos en el plural “decimos”, pues, salvo que Hernández sea el Papa, indica una extensión del complejo de General Custer a todos sus colegas, los cuales que se sepa, ni individual, ni colectivamente se descolgaron de esas opiniones. Frases como éstas justifican artículos como el de Haro Tecglen.

Han pasado muchos años desde esas radicales declaraciones, pero ni Facio, ni Hernández han estrenado textos propios que justificaran la necesidad de matar a quienes los escriben.

Que yo sepa, la AAT ha celebrado ya muchos congresos y en ninguno de ellos se ha permitido que un autor descalifique al colectivo de directores en un tono tan chulesco.

El problema se ha extendido hasta la actualidad, pero ahora es más grave porque se da como un hecho ineluctable y ya ni siquiera produce protestas. No las hay ni cuando volvemos a oír la tópica frase de que “no hay autores”, casi siempre expresada

por directores, que fue combatida rotundamente desde la **Asociación de Autores**, cada vez que aparecía. No es suficiente que se responda de manera individual y a coste de un gran riesgo personal, como ha hecho recientemente y con gran valentía, Ernesto Caballero cuando Jaime Chávarri en *La Razón* del 7 de enero de 2002, insultó a los dramaturgos españoles para justificar haber dirigido una obra americana: “si no hay obras de autores españoles es por falta de calidad”.

Ante insultos como ése la reacción debe ser inmediata, contundente, nunca ofensiva y, lo más importante, colectiva.

Pero como dijo Hormigón, es un tema obsoleto. Y lo es, no porque lo sea, sino porque estrenar se ha convertido en una aventura tan costosa como difícil y en esas circunstancias, cuando alguien —productores, directores o intérpretes— se interesan por un texto, al autor se le humedecen los ojos y destierra la posibilidad de morder la mano que le ofrece pan, aunque el pan se lo hayan trufado de cereales espurios.

Afortunadamente, donde hay mucho, fuerza es que haya de todo y sería injusto extender al colectivo de los directores las irresponsabilidades de unos pocos energúmenos.

Creo que el debate entre autores y directores es necesario y urgente, pero en un plano de mutuo respeto. Los autores tenemos derecho a nuestra dignidad, pero como no siempre se respeta ese derecho, por muy obvio que parezca, es entonces cuando hay que poner las cosas en su sitio y recordar a quien corresponda que no está hablando con alguien indefenso. ■

Visita nuestra web  
**www.aat.es**